

y nos absuelve por su gracia. No más peregrinaciones ni reliquias, no más tradiciones ni confesiones auriculares. Aparece una nueva Iglesia, y con ella un nuevo culto; los ministros de la religión cambian de papel, y la adoración de Dios cambia de forma, se atenúa la autoridad del clero, y se reduce la pompa de los oficios; se reducen y se atenúan tanto más cuanto más absorbente es la idea primitiva de la teología nueva; sectas hay en que desaparecen por completo. El sacerdote baja de las alturas á que le había elevado el derecho de perdonar los pecados y de regular la fe: entra en la sociedad civil, se casa como los seglares, tiende á hacerse su igual, no es sino un hombre más sabio y más piadoso que los otros, su elegido y su consejero. Su iglesia se trueca en un templo, vacía de imágenes, de ornamentos y de ceremonias, á veces completamente desnudo, simple lugar de reunión, donde entre paredes blancas, y desde un púlpito liso, un hombre vestido de negro habla sin accionar, lee un pasaje de la Biblia y entona un himno que continúa la congregación. Hay otro lugar de oración, tan poco decorado como ese y no menos venerado: el hogar doméstico, donde el padre de familia, ante sus servidores y sus hijos, recita la oración y lee la Escritura todas las noches. Religión austera y libre, purgada de sensualismo y de obediencia, enteramente interior y personal, que, instituida por el despertar de la conciencia, no podría establecerse más que en razas donde cada cual encuentra naturalmente en sí mismo el convencimiento de que él es el único responsable de sus obras y de que siempre está sujeto á sus deberes.

*Viva la libertad!*

*X con conciencia de un orgullo ancha*

## III

Cierto que la Reforma entra en Inglaterra por una puerta falsa; pero basta que se abra una puerta, sea como quiera: porque no son los manejos de la corte y las habilidades oficiales los que traen las revoluciones profundas; son las situaciones sociales y los instintos populares. Cuando se convierten cinco millones de hombres, es porque cinco millones de hombres desean convertirse. Dejemos, pues, á un lado los alardes y las intrigas de arriba, los escrúpulos y las pasiones de Enrique VIII (1), las complacencias y los artificios de Cranmer, las variaciones y las bajezas del Parlamento, las oscilaciones y las lentitudes de la Reforma, tan pronto iniciada como detenida, ora impulsada, ora rechazada violentamente, extendida al fin por toda la nación, y consolidada en una institución legal: extraño edificio, hecho de elementos heterogéneos, pero sólido y que ha durado. Todo gran cambio tiene su raíz en el alma, y no hay más que mirar de cerca á esa región profunda para descubrir las inclinaciones nacionales y las irritaciones seculares de que salió el protestantismo.\*

Ciento cincuenta años antes estuvo á punto de surgir: había aparecido Wicleff, se habían levantado los Lolardos, se había traducido la Biblia; la Cámara de los Comunes había propuesto la confiscación de todos los bienes eclesiásticos; luego, bajo el peso de la Igle-

*para reobach como en la Reforma*

(1) Véase Froude, *History of England*. La conducta de Enrique VIII se presenta allí bajo un nuevo aspecto.

*Para concluir hoy en el siglo XX en la mas deplorabile incredulidad -*

sia, de la corona y de los lores, la naciente Reforma, violentamente aplastada, habla vuelto á sepultarse, y sólo los suplicios de sus mártires la recordaban aún de cuando en cuando. Los obispos habían adquirido el derecho de encarcelar sin juicio á los laicos sospechosos de herejía; habían quemado vivo á lord Cobham; los reyes habían elegido entre ellos sus ministros; firmes en su autoridad, habían domeñado á la nobleza y al pueblo con la espada laica puesta en sus manos; y, merced á su influjo, la rígida red de las leyes, que desde la conquista aprisionaba á la nación en sus mallas, se había hecho más estrecha y más rígida aún. Prendidas quedaban en esa red las acciones veniales como las criminales; y la represión judicial, dirigida contra los pecados lo mismo que contra los atentados, había convertido la policía en inquisición. Ofensas contra la castidad (1), herejía ó cosas que trascendiesen á herejía, hechicería, embriaguez, maledicencia, difamación, quebrantamiento de promesas, mentira, falta de asistencia á la iglesia, palabras irreverentes acerca de los santos, falta de pago de las ofrendas, quejas contra los tribunales eclesiásticos, todos esos delitos, imputados ó sospechados, llevaban á la gente ante los tribunales eclesiásticos, con gastos enormes, entre grandes dilaciones, á grandes distancias, con sujeción á un procedimiento capcioso, para venir á parar en crecidas multas, en prisiones severas, en abjuraciones humillantes, en penitencias públicas y en las amenazas frecuentemente cumplidas, de de los suplicios y de la hoguera.

(1) Froude, I, 175, 191. *Petition of Commons*. Esa recriminación pública y auténtica denuncia todo el pormenor de la organización y de la opresión clericales.

*La desgracia de aplicación de la ley contra los católicos con  
sus profesiones y bienes, y una infamia con el despar  
tado de su primitiva barbarie*

Júzguese por un solo hecho: el conde de Surrey, pariente del rey, fué llevado ante uno de esos tribunales por haber infringido la vigilia. Figuraos, si podéis, la minuciosa y continua opresión de semejante código; figuraos hasta qué punto se vela envuelta y presa en él toda la vida humana, acciones visibles y pensamientos invisibles; cómo, por las delaciones forzadas, penetraba en cada hogar y en cada conciencia; con qué descaro se transformaba en máquina de extorsión; qué sorda cólera excitaba en aquellos burgueses, en aquellos campesinos obligados á veces á andar y desandar sesenta millas para dejarse en cada una de las innumerables garras del procedimiento (1) un trozo de sus ahorros, á veces toda su substancia y la substancia de sus hijos. El que así se ve pisoteado, reflexiona; se pregunta muy quedo si los ladrones mitrados practican de esa suerte la tiranía y el saqueo por una delegación de Dios; se mira más de cerca su vida; se quiere saber si observan ellos mismos la regularidad que imponen á otros, y de repente se saben cosas extrañas. El cardenal Wolsey escribe al Papa que «los sacerdotes seculares y regulares cometen habitualmente crímenes atroces, por los cuales, á no figurar en las órdenes, serían ejecutados al punto (2), y que los laicos se escandalizan de verlos, no sólo librarse de la degradación, sino gozar de una impunidad perfecta». Un sacerdote, convicto de incesto con la priora de Kilbourne, es condenado por toda pena á llevar una cruz en la procesión y á pagar tres chelines y cuatro peniques. En el reinado precedente los señores y los labriegos de Carnavonshire presentaban una queja acusando al

(1) Froude, I, 26, 193.

(2) En Mayo de 1528. Froude, I, 179, 85, 201; II, 435.

*\* Si son ciertos estos cargos no debían  
llegar á la redención de los  
dinos á sus ministros y como hombres  
hacen estas suplicas á sus pasiones y los prohi  
ben con los...*

clero de pervertir deliberadamente á sus mujeres y á sus hijas. En Londres había casas de prostitución para el uso particular de los sacerdotes. En cuanto á los abusos del confesonario, léanse en los documentos de la época (1) las intimidaciones á que dan lugar. Los obispos reparten beneficios entre sus hijos, jovencuelos aún; «el padre prior de Maiden Bradley no tenía más que seis, entre ellos una hija ya casada á expensas de los bienes del monasterio».—En los conventos «los frailes beben después de la colación hasta las diez ó las doce de la noche, y van á maitines borrachos... Juegan á los naipes, á los dados... Algunos no acuden á maitines sino cuando declina el día, y sólo por el temor de las penas corporales». Los visitantes reales encontraban concubinas en los aposentos secretos de los abades. En el monasterio de Sión, los frailes confesores de las monjas las seducen y las absuelven juntamente. Hubo convento, dice Burnet, en que se encontró embarazadas á todas las monjas. Alrededor de «los dos tercios» de los frailes de Inglaterra vivían de tal modo, que el Parlamento, al oír el informe oficial, exclamó á una voz: «¡Abajo los frailes (2)!» ¡Qué espectáculo para un pueblo en quien empiezan á despertarse el raciocinio y la conciencia! Mucho antes de la gran explosión, la cólera pública mugía sordamente y se iba condensando; la gente silbaba á los sacerdotes en las calles ó los tiraba al arroyo, las mujeres llegaban á negarse á recibir la hostia consagrada de una mano que llamaban inmunda (3). Cuando el alguacil de la curia eclesiástica iba á citar á los delincuentes, le echaban lle-

(1) Hale's *Criminal causes; Supression of the monasteries, Camden Society's publications.*

(2) «Down white them.» (*Latimer's Sermons.*)

(3) *Horsyn Preste.* Hale, 99.

nándole de improprios. «¡Fuera, pillo asqueroso! Todos vosotros sois unos canallas.» Un mercero abría la cabeza á un alguacil de un varazo. Un mozo de posada decía que «la vista de un sacerdote le ponía malo, y que andaría sesenta millas por hacer enjaular á uno.» El obispo Fitz James escribía que «la gente de Londres estaba tan predispuesta á favor de la perversidad herética, que los jurados condenaban á todo clérigo, así fuese tan inocente como Abel (1); el mismo Wolsey hablaba al Papa del «pernicioso espíritu» que se difundía en el pueblo; y meditaba una reforma. Cuando Enrique VIII se llegó al árbol con la segur, y lentamente, con tiento, descargó un hachazo, y luego otro, podando las ramas, hubo mil y á poco cien mil corazones que le aplaudieron y que hubiesen querido herir el tronco.

Considérese en ese momento, hacia 1521, el interior de una diócesis, la de Lincoln, v. gr. (2); y júzguese, por ese ejemplo, del modo que tiene de trabajar en toda Inglaterra la máquina eclesiástica, multiplicando los martirios, los odios y las conversiones. El obispo Longland manda llamar á los parientes de los acusados, hermanos, mujeres é hijos, y les difiere el juramento; como ya han sido perseguidos y han abjurado, no tienen más remedio que confesar; si no, son relapsos, y las hogueras aguardan. He aquí, pues, que delatan á los suyos y á sí propios. Uno ha enseñado á otro en inglés la epístola de Santiago. Este, habiendo olvidado varias palabras del *Padrenuestro* y del *Credo* latinos, no sabe ya recitarlos más que en inglés. Una mujer ha apartado la cara de la cruz que llevaban la mañana de Pascua. Varios en la iglesia, sobre todo al

(1) Froude, I, 90. *Improbis animus.*

(2) Fox: *Acts and Monuments*, t. II, 23. En 1521.

alzar, no han querido rezar y han permanecido sentados, «mudos como bestias». Tres hombres, entre ellos un carpintero, han pasado juntos una noche leyendo un libro de la Escritura. Una mujer embarazada ha ido á comulgar sin estar en ayunas. Un calderero ha negado la presencia real. Un tejero ha guardado en su poder el Apocalipsis. Un trillador ha dicho, enseñando su obra, que estaba sacando á Dios de la paja. Otros han hablado mal de las peregrinaciones, ó del Papa, ó de las reliquias, ó de la confesión. Y cincuenta de ellos son condenados en el mismo año á abjurar, á prometer denunciar á otros y hacer penitencia toda su vida, so pena de ser relapsos y quemados como tales. Se los encierra en diferentes abadías; allí se alimentarán de limosna, y trabajarán para merecer que se les alimente; aparecerán cargados con un haz de leña en el mercado y en la procesión del domingo, luego en una procesión general, después en el suplicio de un herético; ayunarán á pan y agua todos los viernes de su vida, y llevarán en la mejilla una marca visible. Amén de eso, seis serán quemados vivos, y los hijos de uno, de Juan Scrivener, se ven obligados á encender por sí mismos la hoguera de su padre. ¿Se cree que, quemado ó encerrado el hombre, ha concluido todo? La gente calla, sí, y se oculta; pero en medio del silencio forzado subsisten los recuerdos y los amargos resentimientos. Han visto (1) á su compañero, á su pariente, á su hermano, sujeto por una cadena de hierro, con las manos juntas, rezando en medio de la humareda mientras la llama ennegrecía su piel y derretía su carne. Tales espec-

(1) Véase las láminas en Fox.—Todos los pormenores que se va a leer están sacados de las biografías. Véase la de Cromwell por Carlyle, la de Fox el cuáquero, la de Bunyan y los procesos relatados extensamente por Fox.

táculos no se olvidan; las últimas palabras pronunciadas sobre la pira, las apelaciones supremas á Dios y al Cristo permanecen omnipotentes é imborrables en su corazón. Las llevan consigo y las meditan por lo bajo en las tierras, durante sus faenas, cuando se creen solos; y sobre eso trabajan sus cabezas obscura y apasionadamente. Porque, amén de esa simpatía que pone á todo hombre de parte de los oprimidos, anda en fermentación el sentimiento religioso. Ha empezado la crisis de la conciencia: es natural en esa raza. Piensan en su salvación; se alarman por su estado; se asustan de los juicios de Dios; se preguntan si, permaneciendo bajo la obediencia y sometándose á los ritos que se les impone, no se hacen culpables y no merecen ser condenados. ¿Se ahogará ese terror con cárceles y suplicios? Temor contra temor, no falta más que saber cuál de los dos será más fuerte. Se sabrá muy pronto: porque es ley de esas zozobras interiores acrecentarse con la violencia y la opresión: como manantiales que en vano se procura cegar con piedras, bullen, se hinchen y rebosan, hasta que acaban por desbordarse, disgregando ó rompiendo la fábrica bajo la cual se ha querido enterrarlos. En la soledad de los campos, en largas veladas de invierno, el hombre medita; no tarda en sentir miedo y en ponerse sombrío. El domingo, cuando le obligan á santiguarse en la iglesia, á arrodillarse delante de la cruz, á recibir la hostia, se estremece, se cree en pecado mortal. Cesa de hablar á sus amigos; permanece triste y cabizbajo durante horas; por la noche su mujer le oye suspirar y levantarse, sin poder dormir. Representémonos esa cara pálida, ese semblante angustiado, que tras su apariencia rígida y flemática esconde un ardor secreto; todavía podemos verle en Inglaterra en esos pobres sectarios

raídos que, con una Biblia en la mano, se ponen á lo mejor á predicar en medio de las calles, ó en esas carras alargadas que, después del culto, no satisfechas aún de rezos, entonan un salmo en el arroyo. La sombría imaginación se ha estremecido como una mujer en cinta, y su fruto crece diariamente desgarrando el seno que le lleva. El largo invierno fangoso, el quejido del viento que suspira entre las vigas mal ajustadas de la techumbre, la melancolía del cielo continuamente anegado en lluvia ó envuelto en nubes, contribuyen á obscurecer la lúgubre cavilación. El hombre ha tomado su partido: quiere salvarse, cueste lo que cueste. Con peligro de su vida, se procura alguno de esos libros que enseñan el camino de salvación, como la *Obediencia del cristiano*, á veces la *Revelación del Antecristo por Lutero*, y sobre todo algunas porciones de la palabra de Dios que acaba de traducir Tyndal. Uno ha escondido sus libros en el hueco de un árbol; otro se aprende de memoria una epístola ó un Evangelio, para poder meditar interiormente sus palabras, aun en presencia de los delatores. Cuando tiene confianza en su vecino, le habla de ello á solas; y cuando habla de esa suerte un campesino á un campesino, un obrero á un obrero, ya se sabe el resultado. «La fe de Cristo (dice Latimer) se ha mantenido principalmente en Inglaterra por los hijos de los *yeomen* (1)», y con hijos de *yeomen* ganará Cromwell después sus victorias puritanas. Cuando circula así un cuchicheo por el pueblo, todas las voces oficiales gritan inútilmente: la nación ha encontrado su poema; cierra los oídos á los

(1) Froude, II, 33, 1529. «Gracias á Dios (dicen los obispos), ninguna persona notable de nuestro tiempo ha caído en el crimen de herejía.»

importunos que quieren distraerla de él, y no tardará en cantarle con toda su voz y con toda su alma.

Pero el contagio se había extendido hasta el mundo oficial, y Enrique VIII permitía al fin publicar la Biblia inglesa (1). Inglaterra tenía su libro. «Todo el que podía comprar el libro (dice Strype), le leía asiduamente ó hacía que se le leyera, y varias personas de edad aprendieron á leer para ese fin.» Los domingos se reunían grupos de pobres para leerle en las gradas de las iglesias. Un joven, Maldon, contaba más tarde que había juntado sus ahorros con los de un aprendiz de su padre para comprar un Nuevo Testamento, y que por temor á su padre le habían escondido en su jergón. En vano ordenaba el rey al pueblo en su proclama «que no fiase demasiado en su propio juicio, en sus imaginaciones, en sus opiniones; que no discurrese públicamente sobre el asunto en las tabernas y en las cervecerías, sino que recurriese á las personas doctas y autorizadas»; germinaba la semilla, y se prefería creer á Dios mejor que á los hombres. Maldon declaraba á su madre que no se arrodillaría más delante del crucifijo, y su padre, furioso, le molía los huesos á golpes y quería colgarle. El prefacio mismo exhortaba al estudio independiente, diciendo que «el obispo de Roma ha tratado durante mucho tiempo de privar al pueblo de la Biblia... para impedir que descubra sus ardides y mentiras..., sabiendo muy bien que, si el sol luminoso de la palabra de Dios apareciese en el calor del día, desaparecería la niebla pestilente de sus doctrinas diabólicas». Aun en sentir, pues, de los gobernantes, allí está la verdad pura y completa, no la simple verdad especu-

(1) En 1536. *Strype's memorials*, apéndice. 42. Froude, III, cap. XII.

«Este es el principio de la reforma... el consentimiento de todas las naciones y el libre comercio con nosotros ha sido la consecuencia de los siglos, este es el principio. nada de pedagogía que de iluminados sin derechos sin argumentos, el libro ha sido traducido en el año 1536...»

lativa, sino la verdad moral, sin la cual no podemos vivir bien ni salvarnos. «Ante todo y principalmente (dice el traductor) busca en la Escritura contratos (1) hechos entre Dios y nosotros, es decir, la ley y los mandamientos que Dios nos prescribe, y luego la gracia y el perdón que promete á todos los que se someten á su ley. Porque todas las promesas que hay en toda la Escritura encierran un pacto, es decir, que Dios *se compromete á concederte esa gracia á condición de que tú te esfuerces, por tu parte, en guardar sus leyes.*» ¡Qué frase! ¡y con qué ardimiento van á aplicar á esas páginas toda la atención de sus ojos y de su corazón hombres atormentados por las reconvenciones incesantes de una conciencia escrupulosa y por el presentimiento de la obscura eternidad!

Tengo delante uno de esos viejos tomos en folio (2), de letra gótica, donde se ven, recompuestas, páginas desgastadas por los callosos dedos, donde una antigua estampa hace sensibles á la gente sencilla las hazañas y las amenazas del Dios tonante, donde el prefacio y el índice indican la lección moral que debe sacarse de cada historia trágica y la aplicación que hay que hacer de cada antiguo precepto. Una parte de la lengua y la mitad de las costumbres inglesas proceden de ahí: aun hoy el país es *bíblico* (3); esos tomos son los que han transformado la Inglaterra de Shakspeare. Para comprender esa gran mudanza, procure cada cual representarse aquellos *yeomen*, aquellos tenderos, que por la noche plantan esa Biblia sobre su mesa, y con la cabeza descubierta, con veneración, escuchan ó leen

(1) *Covenants*.

(2) 1549. Traducción de Tyndal (Biblioteca imperial).

(3) La expresión es de Stendhal.

uno de sus capítulos. Pensemos que no tienen [otros libros; que su inteligencia está virgen; que toda impresión abrirá en ella un surco; que la monotonía de la vida maquina los deja por entero á merced de las emociones nuevas; que abren ese libro, no para distraerse, sino para buscar en él su sentencia de vida ó muerte; que, en fin, la imaginación sombría y apasionada de la raza los eleva al nivel de las grandezas y de los terrores que van á pasar ante sus ojos. Tyndal, el traductor, ha escrito agitado por sentimientos semejantes, condenado, perseguido, escondiéndose, con la mente llena de la idea de su próximo fin y del gran Dios por quien á la postre sube á la hoguera; y los espectadores que han visto los remordimientos de Macbeth y las muertes de Shakspeare pueden entender las desesperaciones de David y las matanzas acumuladas bajo los jueces y los reyes. El corto versículo hebraico hace mella en esos hombres por su arcaica brusquedad. No necesitan ellos, como los franceses, que se les desarrollen las ideas, que se les expliquen en bello y claro lenguaje, que se suavicen y conxionen (1). La grave y vibrante palabra los impresiona de golpe; la oyen con la imaginación y el corazón; no están esclavizados, como nosotros, á la regularidad de la lógica, y el antiguo texto, tan brusco y cortado, tan fiero y tan terrible, puede conservar en su lengua su ruda majestad. Mejor que ningún pueblo de Europa, á fuerza de concentración y de rigidez interiores, reconstituyen la concepción semítica del Dios solitario y omnipotente: concepción extraña que, con todos nuestros procedimientos críticos, apenas logramos rehacer hoy

(1) Véase la traducción tan poco bíblica de Lemaistre de Sacy.